

Apolo siempre fue de esa clase de personas de buena fortuna y eso le llevó a creerse superior a los demás. Trabajaba como mensajero repartiendo toda clase de mensajes por todo el mundo. Ciertamente es que era de los mejores de su oficio y a él le solían encargarse los mensajes más importantes. Un buen día como otro cualquiera Apolo recibió un encargo muy urgente. Probablemente el más importante en todos los años que llevaba trabajando como mensajero. Ese mensaje contenía información confidencial, sin la cual, no sería posible la firma del Tratado de Londres que marcaría el final de la guerra anglo-española.

Emprendió su camino y llegó a una encrucijada que se dividía en dos. Decidió preguntar a un pastor que había allí cual era el camino más rápido. El pastor le dijo que el de la derecha era el más corto pero sin embargo el más peligroso y que lo mejor era que fuera por el de la izquierda pues era totalmente seguro. Apolo decidió no hacer caso a las advertencias de un simple pastor y con la idea de que era capaz de hacer frente a toda clase de peligros siguió su ruta por el camino derecho. Pronto descubrió que debía haber hecho caso a aquel hombre pues unos saqueadores le asaltaron y se llevaron su caballo. Tuvo suerte de que llevaba el mensaje bien escondido entre sus ropajes por lo que los ladrones no se lo llevaron. Sin embargo ahora tendría que continuar a pie y no le iba a dar tiempo a llegar. Estaba acabado. Aún así decidió continuar yendo lo más rápido que podía pero con miedo por si volvían a asaltarle. Caminó día y noche. Estaba agotado y hambriento. Para su suerte, pasados dos días al fin llegó a su destino. El alivio que sintió fue enorme. Sin embargo esta sensación de triunfo se le fue rápido al darse cuenta de que el mensaje debió ser entregado el día antes. No obstante decidió terminar el recorrido y hacer entrega de tan importante documento con la esperanza de que lo aceptasen y todo siguiera como antes. Como no, la suerte sonrió de su parte y le comunicaron que la diligencia inglesa se había retrasado debido a las condiciones meteorológicas de aquellos días. Su gozo al saber que al fin y al cabo había llegado a tiempo eran enormes y agradeció a Dios su gran suerte y juró haber aprendido la lección: a veces hay que saber escuchar a los demás pues nadie tiene la verdad absoluta.